

/Centro de Estudios “La Cañada”

Taller de Economía 2025

EL PAPEL DE LOS FENÓMENOS ESTRUCTURALES

Reunión N°4 : Política Económica Convencional – Análisis crítico

Índice

Introducción

1.- En la búsqueda de un camino de salida

2.- Análisis objetivo de la política económica convencional

2.1.- Base material

2.2.- Ubicación histórica

2.2.1.- Contexto en la dimensión económica

2.2.1.1.- La ubicación histórica de su origen

2.2.1.2.- Contexto actual de la economía mundial

2.2.2.- Contexto en la dimensión institucional

2.2.2.1.- Origen del formato institucional centralizado

2.2.2.2.- Contexto actual de la centralización

2.2.3.- Resultado de la evolución histórica: modo de producción y diferenciación de niveles

3.- El debate económico actual

3.1.- Criterios de la política económica convencional

3.1.1.- Subjetivismo

3.1.1.1.- Simplificación

3.1.1.2.- Voluntarismo

3.2.- La política económica convencional

3.2.1.- Una visión global

3.2.2.- La visión académica

3.2.2.1.- Ortodoxia

3.2.2.2.- Heterodoxia

3.2.3.- La visión política

3.2.3.1.- Neoliberalismo

3.2.3.2.- Anarco capitalismo

3.2.3.3.- Populismo

Introducción

En el post scriptum del trabajo anterior, decíamos:

“De las cuestiones analíticas (procesos -estructurales, coyunturales y meso económicos), decisiones de política económica, y del comportamiento de los agentes económicos; debemos pasar al capítulo de las políticas alternativas concretas. La ausencia de un diagnóstico objetivo, mi imposibilidad física e intelectual de realizarlo, y el contexto cultural, nos limita a encararlo solo en su aspecto metodológico. Ése será el tema de la próxima reunión”.

No estamos en condiciones de proponer un programa de política económica alternativo. No solo por la carencia de un diagnóstico objetivo, sino también porque estamos inmersos en un contexto cultural donde nadie, con algún peso social (académico o político), está dispuesto a debatir acerca de la necesidad de introducir objetividad en el debate de la dimensión económica.

Y no solo en la dimensión económica. La subjetividad prevalece en todas las ciencias de la sociedad, bajo la excusa de un supuesto versus respecto de las ciencias de la naturaleza, por ende, justificaría una metodología diametralmente opuesta.

La dificultad fundamental para elaborar un programa de política económica radica en la ausencia de un diagnóstico objetivo. Aunque algunas corrientes heterodoxas del ámbito académico aceptan su necesidad, practican ese diagnóstico, pero en términos de subjetividad. Para ellos, la macroeconomía es sólo el resultado de un agregado de decisiones individuales.

Ignoran aspectos fundamentales tales como, procesos estructurales autónomos, limitaciones de origen en las políticas económicas gubernamentales y su poder relativo respecto a las decisiones de los agentes económicos. Y en el ámbito de la política el rechazo a realizar cualquier tipo de diagnóstico previo, ya es generalizado, y, de hecho, reemplazado por el dictamen ideológico.

Todo el debate político, marcha en sentido diametralmente opuesto al diagnóstico previo. No solo ignorando sino también combatiendo mediante la “política de la cancelación”, la necesidad de introducir objetividad, declarando “urbi et orbi” su imposibilidad absoluta. Se busca, y de manera frenética, la mayor subjetividad posible, como única forma de alcanzar la “verdad”.

En el escaso debate existente, se prioriza la problemática derivada de decisiones, bajo criterios cuantitativos y con efectos de corto y mediano plazo. Fundamentalmente alrededor de la intervención del estado en la economía. Esto hace posible, a los procesos estructurales autónomos, proseguir libremente su marcha, profundizando y consolidando las deformaciones estructurales. Justamente la principal limitante de la política económica, y solo visible en términos de procesos, criterios cualitativos y horizontes de largo plazo.

¿Alguien ha visto a alguna fuerza política preocupada por temas estructurales? Mientras tanto, problemas tales como la tasa de nacimientos, la productividad, el bienestar, e indicadores similares descienden, y de manera aguda, afectando gravemente las próximas generaciones.

Sólo se debate alrededor de las decisiones de política económica gubernamental en términos regulatorios y desregulatorios, y sus efectos de corto plazo sobre los niveles superficiales e intermedios de la economía. Todo se concentra alrededor del grado de in-

intervención del estado en la economía. Bajo esos criterios, los problemas solo pueden provenir del manejo de “malos” instrumentos por parte de gobernantes afectados por el virus de la “maldad congénita”.

Todas las ausencias detentan elementos comunes: son procesos autónomos, de aspecto cualitativo y solo visibles en el largo y muy largo plazo (décadas y siglos). Justamente, las influencias culturales apuntan a segar de la conciencia social el largo plazo. Esto resulta visible cuando se debate alrededor de estadísticas en términos de días y meses. A lo sumo, llegan a compararla con la misma información del año anterior.

Justamente, un diagnóstico alternativo, debería expresarse también en términos de un horizonte de largo plazo. En ese horizonte van a aparecer, procesos estructurales y limitaciones de la política económica gubernamental, por razones históricas, y por decisiones de los agentes económicos. Y todos ellos, fuera del ángulo de visión de la economía convencional.

Sólo es posible superar esa influencia cultural mediante un esfuerzo mental (pensamiento crítico) para romper el “encanto”. Pero las condiciones culturales, actuando con agresividad infinita, resultan una barrera, por ahora infranqueable.

Sin embargo, somos optimistas. Estos mismos y graves errores sistémicos (“chocar siempre con la misma piedra”) serán un aliciente en las próximas generaciones, al menos para recomenzar el camino, pero ya sabiendo por donde “no ir”.

1.- En la búsqueda de un camino de salida

Por nuestra parte no disponemos de “la solución”. Bajo las actuales condiciones culturales, solo pretendemos señalar los graves errores cometidos a fin de apoyar algunos tímidos brotes de replanteo, y contribuir al comienzo de un debate. Sin embargo, algo en apariencia tan elemental, en este contexto cultural, resulta la tarea más difícil.

Y es difícil pues la grieta cultural hace posible rotular, cualquier criterio alternativo, como anticientífico, sin necesidad de ofrecer fundamento alguno. Sólo por resultar el ver-sus de lo académico, cuyo único certificado de “cientificidad” proviene de su utilización en universidades al tope de rankings mundiales. Y ni siquiera esto es cierto.

En condiciones de un arco ideológico, político y cultural, no solo a años-luz de una alternativa, sino también caminando en sentido diametralmente opuesto, hace necesario comenzar a forzar ese debate, dadas sus fuertes implicancias políticas.

Esto exige un análisis previo de las condiciones estructurales, no solo de nivel nacional, sino también del capitalismo internacional y sus interrelaciones. A su vez, los cambios en el capitalismo mundial del siglo XXI, exigen un análisis de la evolución científico - tecnológico (digitalización del proceso productivo, inteligencia artificial, nuevas fuentes de energía, biotecnología, viajes espaciales, computación cuántica, etc.) y sus efectos sobre el conjunto de dimensiones de la realidad, pues ya están modificando, y de manera radical, los modos de producción, las instituciones, la sociedad y las formas de vida.

Esto se debe a la introducción del conocimiento (un bien público) como insumo principal de todo el proceso productivo, haciendo posible un beneficio y pérdida social mayor al beneficio y pérdida privado. Y por ello, exigiendo nuevas regulaciones, pues está transformando todos los bienes, hasta ahora privados, en públicos nacionales y éstos a su vez en internacionales.

Sin embargo, dada la barrera del contexto cultural, ya estamos llegando tarde. Los nuevos bienes públicos internacionales, donde se destaca la digitalización y la biotecnología, con capacidad de modificar el modo de producción y sus instituciones en sentido de un mayor beneficio social, ya fueron apropiados por la actividad privada con objetivos de rentabilidad y control político de la sociedad, provocando distorsiones en una escala mayúscula.

El caso más notable actual resulta de la digitalización de todas las actividades humanas, apropiada por siete grandes tecnológicas del planeta. Un tipo de bienes donde predomina el conocimiento sobre los insumos materiales, por ende, conlleva economías y deseconomías externas, es decir con beneficios y pérdidas sociales superiores a las individuales. Para captar y distribuir las primeras, y bloquear las segundas, resulta necesario la regulación. Mientras tanto, el debate está centrado entre la defensa de un burdo intervencionismo estatal derivado del nivel tecnológico y cultural del siglo XX, versus la desregulación indiscriminada e incluso, la destrucción del estado.

Al incorporar esta tecnología al proceso productivo, sin regulación alguna (el caso de inteligencia artificial), en lugar de beneficio social, potencia las pérdidas sociales, generando desocupación, trabajo informal; control social vía “fake news”; decisiones militares (de vida o muerte) automatizadas, estafas y evasión tributaria con moneda virtuales, cooperación política, y una catarata de catastróficos etcéteras.

También bloquea la posibilidad de captar y distribuir de manera equitativa el beneficio social, concentrando una gran porción del excedente económico global, en un puñado de gigantescas empresas tecnológicas.

Incluso la política, ya debería estar debatiendo las instituciones aptas para regular los cambios tecnológicos de la próxima década (computación cuántica, prevención de enfermedades en base al ADN, energía por fusión nuclear e hidrógeno, etc.). Probablemente también llegaremos tarde (y mal). En todo caso, ya se está produciendo el movimiento contrario: una desvergonzada intervención de las grandes tecnológicas en las políticas nacionales e internacionales (googlear “Elon Musk” y “Mark Zuckerberg”).

En Argentina, estos cambios, en ausencia de políticas de reconversión de la estructura productiva y su regulación actualizada, llevarán el proceso histórico de desintegración de la economía y la sociedad, a puntos de no retorno.

El debate en el campo político se produce, pero con cada grupo posicionado en su propio universo mental, basado en una ideología cristalizada. Y ésta “les dice”, cuál es el “problema” y cuál la “solución”. Esto solo puede generar falsos problemas, sin salida alguna, y formar insondables “grietas” en la sociedad, haciendo más difícil cualquier tipo de alternativa.

Aunque no estamos en condiciones de elaborar un programa de política económica alternativo, intentaremos detectar los criterios básicos sobre los cuales montar dicho programa, a fin de ir señalando un camino alternativo.

Para ello, debemos realizar previamente, un análisis objetivo de la política económica convencional, a través de su base material y ubicación temporal y espacial. Y a partir de ese análisis crítico, establecer los criterios alternativos para llegar a un diagnóstico objetivo y definir políticas alternativas.

2.- Análisis objetivo de la política económica convencional

Hemos revisado como, la política económica convencional, excluye del análisis económico, tópicos fundamentales tales como: procesos estructurales autónomos, bajo formatos cualitativos y solo visible en el muy largo plazo; limitaciones de las decisiones de política económica gubernamental por su origen y desarrollo; y limitaciones por las decisiones de los agentes económicos frente a los efectos concretos producidos por procesos y políticas.

La política económica convencional se (auto) limita a las decisiones gubernamentales con efectos cuantitativos, de corto y mediano plazo. Esa profunda deformación, ha llevado a centrar el debate alrededor del intervencionismo estatal en economía. Una forma concreta de aplicar el subjetivismo cultural predominante, y sus efectos de simplificación y voluntarismo. Una forma de reduccionismo como método supuestamente “científico”.

Reemplazan los elementos objetivos, es decir la base material ubicada históricamente, por el grado de intervención del estado. Y abarca, desde la omnipotencia hasta su destrucción. La mente humana es “demasiado poderosa” respecto a nuestro nivel cultural y desde ella resulta posible abarcar desde, el menos hasta el más infinito. Esto, sin un anclaje en la realidad, se convierte en una “bomba de tiempo”.

La mente, abarcando ambos extremos, supone poder resolver cualquier situación considerada como “problema”. A cada “problema” le corresponde, *necesariamente*, una “solución”. Sólo basta encontrar a quien la conozca. La alternativa a esta delirante diada, producto de la subjetividad, nos lleva a aplicar su versus, el análisis objetivo, es decir, bucear en su base material y ubicarla histórica y espacialmente.

2.1.- Base material

La base material del intervencionismo resulta de la propia evolución del capitalismo a partir de sus transformaciones autónomas, exigiendo regulaciones. El capitalismo del siglo XIX, había acabado con las relaciones sociales del feudalismo (señor-siervo, artesano-aprendiz), el intervencionismo de los reinos en la etapa colonial del feudalismo de los siglos XVI a XVIII (mercantilismo) en la relación excluyente entre metrópolis y colonias y las formas institucionales de reinos por herencia.

En el siglo XIX, bajo las formas del capitalismo se aplican los criterios referidos a: libertad individual a fin de formar un mercado de trabajo; independencia de las colonias a fin de hacer posible el comercio internacional; estado mínimo o “gendarme” a fin de reducir impuestos; y organización de los estados bajo formas republicanas.

De esos cambios, nos interesa, porque fue posible el paso de un feroz intervencionismo a un estado de intervención mínima. Por aquellos años, las únicas dimensiones de la realidad en la conciencia social fueron la económica e institucional. Y estas limitaciones fueron compatibles con las condiciones del proceso productivo en el origen del capitalismo: todos los bienes producidos se caracterizaban por generar un beneficio privado identificable. Por ende, su financiamiento, sólo podía y debía, ser privado.

Sin embargo, las condiciones en la dimensión económica se quiebran por la propia evolución del capitalismo en su faceta productiva, los cambios culturales, y la aparición de recurrentes crisis sectoriales, nacionales y mundiales.

En materia productiva aparecen los bienes públicos. La forma original del capitalismo, hasta fines del siglo XIX, había sido compatible con la existencia excluyente de bienes con sólo un definido beneficio privado (alimentos, vestimenta, bienes para equi-

pamiento del hogar, materiales de construcción, etc.). En ese contexto, el análisis objetivo, había podido llegar solo a descifrar la transformación del concepto de valor. Desde valor de uso en la sociedad feudal, a valor de cambio en el capitalismo.

Los bienes públicos existían, pero eran solo los tradicionales, incluso ya presentes en los antiguos imperios, alrededor de la organización del estado (ejércitos para la defensa y expansión territorial, seguridad interna, administración, justicia, caminos, etc.) y de las ciudades (servicios urbanos tales como la provisión de agua, iluminación, etc.).

Pero “a caballo” de los siglos XIX y XX, comienza a producirse un avance autónomo de la tecnología, de la cultura y aparecen crisis recurrentes en el capitalismo. En materia de tecnología, surgen los servicios de infraestructura (energía, transporte y comunicaciones). En lo cultural, la conciencia social comienza a asumir la necesidad de instrumentar salud y educación pública. Y frente a las crisis, la necesidad de estabilizar el flujo financiero. En esas crisis desempeña un papel fundamental la Primera Guerra Mundial (1914-18), debido al crecimiento astronómico del gasto público, la crisis de los '30, con la ruptura del patrón oro y la destrucción por la segunda guerra mundial (1939-45), exigiendo la reconstrucción.

Bajo esas condiciones, aparece en la conciencia social, la existencia de un nivel macroeconómico con sus propias reglas (Keynes), de manera independiente a la visión microeconómica y marginalista vigente en el siglo XIX. Frente a los agudos cambios, exigía regular la corriente financiera en los países (centrales y periféricos) e impulsar el crecimiento y la distribución del ingreso en la periferia.

Por otra parte, los cambios tecnológicos hacen posible la aparición de bienes y servicios de infraestructura, Y son bienes públicos pues conllevan un beneficio y pérdida social mayor al beneficio y pérdida individual. El beneficio social deriva de su capacidad para potenciar el crecimiento económico y la redistribución del ingreso. Pero también conlleva de manera implícita una potencial pérdida social. Por ejemplo, el monopolio derivado de la naturaleza técnica de los servicios de infraestructura.

Captar ese beneficio social, distribuirlo, y además bloquear sus eventuales pérdidas sociales, resultaba imposible bajo las reglas del capitalismo original, es decir, su distribución a través del sistema de precios. En el resto de casos, tales como evitar crisis financiera y garantizar educación y salud, la existencia de un beneficio social, mayor a la sumatoria del beneficio individual, dado el contexto cultural vigente, resultaba algo obvio. La base material del intervencionismo estaba consolidada, y estaba exigiendo la creación de instrumentos regulatorios.

2.2.- Ubicación histórica

En la ubicación histórica de la política económica debemos diferenciar su origen y situación actual tanto en su dimensión económica como institucional. De esa manera podremos explicar, el papel jugado por el modo de producción capitalista y su existencia paralela en diversos niveles.

2.2.1.- Contexto en la dimensión económica

En la dimensión de la economía, debemos analizar la ubicación histórica de la política económica en su origen y en contexto actual.

2.2.1.1.- La ubicación histórica de su origen

En su formato original, el capitalismo no supone política económica o intervención del estado alguna. Mas aun, nace en contraposición a las condiciones existentes en la

última etapa del feudalismo caracterizada por la relación metrópolis-colonia con fuerte intervencionismo de los reinos autocráticos.

La historia política de Argentina está muy ligada a esa relación y sus cambios. Inglaterra, cuna del liberalismo, debió modificar su política exterior a inicios del siglo XIX. Frente al notorio fracaso del intento de pasar a dominio británico, las colonias de otros reinos (invasiones inglesas a Sudáfrica y al Virreinato del Río de la Plata, ambas al mando de Beresford), trocó radicalmente su política, pasando a apoyar los movimientos independentistas en las colonias españolas. Basta al respecto, señalar la presencia de buques de guerra de la Armada Británica en la rada del puerto de Santa María del Buen Ayre el 25 de mayo de 1810, y en la expedición marítima chileno-argentina para liberar Perú.

Con independencia institucional, el comercio de las ex – colonias de los reinos europeos en América, en particular del Reino de España, recaería, por vía de los mecanismos de mercado mundial, en Inglaterra. Por entonces, primera potencia industrial, comercial y financiera.

El criterio económico del liberalismo respecto a la relación estado-economía, fue el de un “estado gendarme”, de formato mínimo, para cubrir funciones básicas tales como defensa, seguridad, justicia, administración, caminos, provisión de agua, organización de ciudades, etc., ya existentes en los antiguos imperios y en el feudalismo.

En síntesis, el nacimiento de la intervención del estado, tal como la conocemos actualmente, se ubica entre fines del siglo XIX e inicio del siglo XX. En ese periodo, por la revolución tecnológica, las crisis financieras y la evolución cultural, surgen nuevos fenómenos económicos y son asumidos por la conciencia social bajo la forma de reconocer la existencia de economías y deseconomías externas. Aparecen nuevos bienes, los bienes públicos con beneficios y pérdidas sociales mayores a las individuales, obligando a su regulación, a fin de captar y distribuir sus beneficios y bloquear sus pérdidas.

Fueron instrumentos intervencionistas para el funcionamiento de un capitalismo muy diferente al original, y también, como veremos más adelante, diferente al actual. Bajo aquellas condiciones (inicios del siglo XX), debían corregirse los flujos financieros (monetarios, fiscales y cambiarios) y reales (producción de bienes y servicios, infraestructura y comercio internacional), afectados por crisis recurrentes y a nivel mundial.

Y esto, en un contexto capitalista solo era posible a través de inducir (no exigir) determinados comportamientos empresarios y de consumo, compatibles con nuevos criterios de crecimiento y una distribución del ingreso más progresiva. Y esto solo posible mediante incentivos (no obligatorios) fiscales, cambiarios, monetarios, crediticios, etc.

También intervención, por la aparición de nuevos bienes y servicios, con economías externas por razones tecnológicas. En los servicios de infraestructura (transporte, comunicaciones y energía), la característica fundamental radicaba en el no funcionamiento del concepto central del capitalismo: “libre competencia”. Estas condiciones, hizo necesario introducir regulaciones a fin de realizar una “simulación” de competencia, licitando la concesión y controlando las inversiones, tarifas y calidad del servicio.

En el caso de intervencionismo para brindar salud y educación pública se trata de un avance cultural, a fin de lograr las ventajas sociales de estas actividades, muy superiores al beneficio individual.

La intervención del estado se instrumentó por medio de regulaciones en materia de infraestructura económica (transporte, energía, comunicaciones), infraestructura social

(salud, educación), y control monetario y de comercio exterior a través de un banco central. Y para evitar desviaciones del concepto de “libre competencia”: leyes antimonopolios, impuestos no discriminatorios. Para compensar el desequilibrio entre las fuerzas del mercado, leyes laborales, etc.

De una casi inexistencia de política económica se pasó a un intervencionismo en gran escala a fin de orientar el proceso de acumulación y de distribución. Y bajo los nuevos criterios culturales, esa distribución, con un sentido de progresividad.

Aquel intervencionismo fue suficiente para superar la crisis mundial de los '30 del siglo XX, y mejorar las condiciones de vida. También pudo superar los efectos combinados de esa recesión con los efectos destructivos de la segunda guerra mundial, a partir de la reconstrucción de los países afectados.

El problema se presenta cuando en lugar de ubicar históricamente esos cambios, se otorga a ese intervencionismo un carácter épico y se lo convierte en una cuestión ideológica de aplicación a “rajatabla” en cualquier lugar y circunstancia. Y para colmo, anclada y cristalizada en ese pasado.

El intervencionismo estatal histórico se concretó en un contexto mundial muy particular. Salíamos de la crisis del '30, y de la segunda guerra mundial, es decir, ante una coyuntura con definidas exigencias de reconstrucción en Europa y Japón, y de promoción del desarrollo (Asia y América Latina) y la necesidad de estabilidad financiera mundial. En ese escenario, oponerse a la intervención del estado en la economía, fue considerado, casi como un “sacrilegio”.

Debemos ubicarnos en aquel “clima” de posguerra. En Estados Unidos, en enero de 1945, reasumía la presidencia Franklin Delano Roosevelt, a partir de un triunfo rotundo en las urnas, dado su prestigio como ejecutor del “New Deal” de los '30, una política de reactivación, definidamente intervencionista y sumamente exitosa.

En Inglaterra, cuna del liberalismo, en las elecciones de 1945, triunfa el candidato laborista de orientación social-demócrata, Clement Attlee, frente al conservador Winston Churchill. Aun cuando éste, corría con la ventaja de ser considerado el líder ganador de la guerra recién finalizada.

Esa nueva administración llevó a cabo políticas de estatización de empresas de comunicaciones, transporte, energía e industrias estratégicas como la siderurgia; regulaciones comerciales; nacionalización del Banco de Inglaterra y profundización del gasto social en salud y educación.

Y todo avalado por la corriente keynesiana en economía, por aquellos años, dominante a nivel académico mundial. Su aplicación fue indiscutible frente a la necesidad de reconstruir una Europa y Japón arrasados, y acelerar el crecimiento en la periferia. La propuesta de Keynes fue muy definida respecto a la intervención del estado, aunque nadie sintió la necesidad de aclarar la temporalidad de ese planteo, hasta superar la crisis.

En aquellas condiciones, propuestas tales como la escuela austríaca de economía (reivindicada por Milei), quedaron relegadas a una curiosidad académica, y hasta ayer nomás, arrumbada en un par de páginas de los textos de historia del pensamiento económico.

Y ese intervencionismo, hoy resulta políticamente importante pues ha sido convertido en una ideología a la cual, se debe apoyar (populismo); o neutralizar (neoliberalismo); o destruir (anarco-capitalismo). Sin embargo, para ninguno de esos enfoques dominantes

en la actual escena política mundial y en Argentina, resulta necesario realizar un diagnóstico de las condiciones actuales. Basta con la ideología para posicionarse a favor o en contra, ante cada medida de política económica del gobierno de turno, en relación a su aproximación o alejamiento de algún pasado épico llevado al altar ideológico.

Mayor simplicidad, “científica” y “política”, imposible. En lugar de pasar los conceptos por el cedazo de un análisis objetivo, basta con calificarlo de positivo o negativo, de acuerdo a un cartabón ideológico anclado en el pasado, por ende, excluyendo la necesidad de un diagnóstico previo. La subjetividad “al palo”.

El impulso del intervencionismo, un fenómeno a nivel mundial, actuando sobre la acumulación y distribución de las economías centrales y periféricas, tuvo plena vigencia durante tres décadas, entre mediados de los '40 y los '70. Pero también, en esa segunda mitad del siglo XX, siguieron produciéndose cambios radicales en el capitalismo a nivel mundial a partir de sus procesos autónomos.

2.2.1.2.- Contexto actual de la economía mundial

A partir de mediados del siglo XX, esos procesos autónomos y las políticas de los países centrales a fin de usufructuarlos, comenzaron a diseñar nuevas condiciones. Esos procesos se caracterizaron por el uso en gran escala de los recursos naturales (metales, madera, petróleo, gas, etc.); por la concentración de los capitales; por la globalización del proceso productivo; por la predominancia del flujo financiero respecto al flujo real; por la dolarización del comercio y el ahorro mundial, por la crisis energética; por las crisis financieras recurrentes; por cambios en la industria con tecnología de punta (siderurgia - acero y aluminio- y petroquímica) y otros de menor rango.

Pero recién comenzaron a evidenciarse hacia mediados de los '70, y cubrieron todo el último cuarto del siglo XX. Bajo nuestra perspectiva su efecto central, fue el de poner serias limitaciones a las políticas económicas intervencionistas, obligando a liberalizar el sistema financiero, a reducir las tasas marginales de impuestos a la renta, a limitar la capacidad de inversión del estado, a permitir la especulación en gran escala, a la apertura indiscriminada del comercio exterior, al uso indiscriminado del financiamiento externo, etc.

Bajo esas condiciones fue posible comenzar a desplegar políticas neoliberales en gran escala. En todos los casos bastaba con eliminar el intervencionismo característico del período anterior: control de precios, proteccionismo industrial, empresas del estado, regulaciones financieras, etc. Fueron las clásicas recomendaciones de los entes financieros mundiales (FMI, BM, BID), generando un debate polarizado y excluyente, sobre la participación del estado en la economía.

Los cambios en el capitalismo del último cuarto del siglo XX, fueron notables: control de los mercados reales y financieros por monopolios, desregulación financiera, creación de empresas multinacionales para globalizar la producción y para derivar utilidades hacia países con menor presión impositiva, encadenamientos productivos enlazando decenas de países, utilización del dólar como moneda para el ahorro y el comercio internacional y otras de menor impacto.

Uno de los efectos concretos más sobresaliente por la limitación ejercida en las políticas intervencionistas, fue la drástica reducción de las tasas marginales en los impuestos progresivos. Llegaban casi al 90 % a mediados del siglo XX en países centrales. Hacia finales de ese siglo, oscilaban alrededor del 30 %.

Y ahora en pleno siglo XXI, cambios drásticos en el proceso productivo por la inserción del conocimiento como insumo en todas las cadenas de producción. El caso más notable, el insumo digital generando economías y deseconomías externas. Pero, al ser controlado por un puñado de empresas privadas (los “gigantes tecnológicos”), el mismo volumen global de utilidades, tiende a concentrarse cada vez más.

Esto combinado con aquel tope a las tasas marginales, hace posible, al grueso de sus utilidades pagar tasas proporcionales en lugar de progresivas, con un definido efecto fiscal sobre el monto potencial de recaudación, respecto a si ese monto de ganancias tuviese una distribución menos concentrada. No solo efectos de reducción relativa de la capacidad de recaudación y, de hecho, un freno a todo tipo de gasto público (social y productivo, sino también, con efectos sociales a nivel macro, pues las tasas proporcionales en el grueso de sus utilidades, en lugar de otorgar progresividad a los impuestos sobre la renta, detenta efectos regresivos.

A ello se suma la tendencia, en este siglo XXI, de conversión de todos los bienes y servicios privados, en públicos nacionales, y estos a su vez en bienes públicos internacionales, obligando a pasar de regulaciones nacionales a internacionales.

Pero, la política, en lugar de analizar esos cambios de manera objetiva a fin de adaptar aquel intervencionismo a las nuevas condiciones y superar sus limitaciones en los nuevos escenarios, profundizaron la grieta. Por un lado, transformaron aquellas políticas, con resultado positivo en una coyuntura mundial de alta especificidad, en un criterio ideológico aplicable a todo tiempo y lugar. Por el otro, a desregular de manera compulsiva e incluso suprimir el estado.

El intervencionismo había sido focalizado hacia la reactivación del proceso de acumulación (reconstruir y/o crecer). Pero en lugar de intentar adaptarlo a las nuevas condiciones del capitalismo, se limitaron a ampliar el criterio, dado los efectos regresivos de la desregulación de fines del siglo XX sobre la distribución del ingreso.

De una intervención para acumular, al de intervenir para acumular y distribuir. Y en el campo de la distribución del ingreso, el objetivo fue, *compensar* (no quebrar o neutralizar) los efectos sociales regresivos de las nuevas condiciones del capitalismo a nivel mundial.

Pero bajo los procesos de cambio en el capitalismo, nunca tenidos en cuenta, los resultados de esas políticas intervencionistas, comenzaron a mostrar, en lugar de impacto pleno, efectos solo parciales, e incluso opuestos a los esperados.

Por ejemplo, el caso de la emisión monetaria para políticas sociales con orientación asistencialista. La emisión potenciaba la presión inflacionaria originada en los factores estructurales, y el asistencialismo, aunque solucionaba problemas de corto plazo, garantizaba la continuidad y profundización de la pobreza en el largo plazo. De esa manera se expresaban las limitaciones impuestas al intervencionismo por los cambios en el capitalismo a nivel mundial.

2.2.2.- Contexto en la dimensión institucional

Tampoco ese intervencionismo, ya ideologizado, tuvo en cuenta el formato institucional de esa intervención del estado. En ese sentido analizaremos el origen centralizado de su formato y su profundización histórica.

2.2.2.1.- Origen del formato institucional centralizado

El formato institucional del intervencionismo tuvo un origen bastardo. La forma capitalista y sus cambios exigían modificaciones acordes en el plano institucional. Y esto se concretó en el aparato jurídico del modo de producción capitalista. Allí aparece, en lugar de la propiedad de “vida y hacienda”, la propiedad privada solo sobre los bienes. En lugar de ataduras “de por vida” entre el señor y el siervo de la gleba, y entre el aprendiz y el artesano, aparece la libertad individual para hacer posible el libre movimiento de la fuerza del trabajo, es decir, la formación de un “mercado” de trabajo. En materia de gobierno, en lugar de reinos, aparecen formas republicanas de gobierno.

Pero cuando el estado se vio **obligado** a intervenir, en lugar de hacerlo mediante nuevos formatos, compatibles con ese capitalismo, se re-introdujeron formas de intervención del estado pre-capitalistas. La revolución capitalista había acabado con las formas económicas y legales del feudalismo. Pero, cuando llegó la hora de intervenir para salvarlo, no supo o no quiso hacerlo bajo instituciones compatibles. Se limitó a copiar las instituciones de las experiencias intervencionistas anteriores al capitalismo.

En la etapa colonial del feudalismo (siglos XVI a XVIII), existieron formas intervencionistas del Estado, provocadas por la necesidad de manipular el flujo comercial y financiero entre las metrópolis y las colonias. Esto, en la historia del pensamiento económico se conoce como mercantilismo. Su objetivo, captar y direccionar los beneficios económicos de ese comercio, hacia la metrópolis del reino. Y en particular, hacia el patrimonio de la Corona.

A su vez, esos métodos intervencionistas, había sido heredados de la prestación de servicios por parte del estado de los antiguos imperios. Eran tales como ejércitos para defensa y expansión del territorio, administración de ciudades, seguridad interna, caminos, provisión de agua, y similares.

Pero ya en plena era capitalista, y frente a la aparición de bienes públicos, originados en la tecnología, los avances culturales y las crisis, surge la necesidad de regulaciones, a fin de captar y distribuir sus economías externas, y bloquear sus des-economías. Sin embargo, en lugar de implementar instituciones compatibles con ese capitalismo y sus modificaciones, se adoptaron las prácticas intervencionistas centralizadas y autocráticas vigentes en los reinos coloniales, a su vez, heredadas de los antiguos imperios.

Un ejemplo concreto es la continuidad de la concepción del “estado patrimonialista”, vigente en aquellos reinos, es decir, la necesidad de concentrar riqueza en el estado y en sus gobernantes, para hacerlos más “fuertes”. Actualmente ese criterio se refleja en la apropiación del estado como botín político y en la aceptación de la confusión de patrimonios (personal y estatal) de líderes políticos considerados semi-dioses, dotados de infalibilidad política. Demasiado parecido al papel de los reyes.

2.2.2.2.- Contexto actual de la centralización

Posteriormente, en lugar de intentar corregir tamaña deformación (intervencionismo pre-capitalista), ésta fue profundizada. Cuando, por la crisis del '30, aparece la necesidad de manipular instrumentos macroeconómicos para reactivar y/o desarrollar la economía, todos los países del mundo lo adoptaron, pero ubicando esa capacidad sólo en cabeza del poder ejecutivo, con exclusión del poder legislativo. Una concepción centralizada heredada de los reinos autocráticos y de los antiguos imperios.

En todo el mundo, el poder legislativo solo interviene en materia fiscal como herencia de la Carta Magna del año 1215. Pero hasta el siglo XX sólo con objetivo de control. Y recién desde los '30 de ese siglo, como instrumento de política económica.

Y ese criterio de intervención del estado centralizada, es llevado cada vez más a fondo. No solo nadie presenta proyectos en términos de descentralizar las decisiones. Las dificultades, urgencias, profesionalización y secretismo de las medidas para evitar maniobras especulativas, sirven de pretexto para caminar en sentido diametralmente opuesto, es decir, hacia una cada vez mayor centralización en las decisiones de política económica.

No solo la participación ciudadana en la mayoría de los instrumentos de política económica es nula. Ni siquiera a través de la representación indirecta, supuesta por el poder legislativo. En esas condiciones no puede sorprender cuando altos funcionarios, incluso vinculados a esas iniciativas, se enteran por los diarios de decisiones trascendentales del poder ejecutivo.

En lugar de instrumentar formas intervencionistas adaptadas a la revolución capitalista de siglo XIX, y a sus radicales cambios posteriores de los siglos XX y XXI, las instituciones de instrumentación del intervencionismo, fueron adoptadas, continuadas y extremadas, de acuerdo a los métodos vigentes en los reinados absolutistas del siglo XVI a XVIII. El estatismo vigente en el periodo colonial del feudalismo.

El resultado concreto resulta visible cuando los políticos (y “outsiders”) acceden al gobierno, no se ven a sí mismos como administradores del Estado, sino como una especie de “dueños”. Incluso los herederos del marxismo soviético, frente al rotundo fracaso de su socialismo de estado, voluntarista y super - centralizado, apoyan esas tendencias intervencionistas, viendo en ellas, una especie de “acercamiento” a su retorcida versión del socialismo.

A la continuidad de esa centralización, se suma el hecho de no actualizar las regulaciones a lo largo de décadas, a pesar de los agudos cambios tecnológicos y culturales. Esas regulaciones respondieron a cambios de otras épocas del capitalismo, pero ahora se consideran “intocables” por pertenecer a un periodo considerado épico.

Sin embargo, luego de décadas, las nuevas modificaciones tecnológicas y culturales, convierten a algunas de esas regulaciones, en ridículas. Neoliberales y anarco – capitalistas, se hacen un “picnic”, con solo ponerlo en evidencia.

Y cuando son “actualizadas”, en lugar de adaptarlas a los cambios objetivos, por el contrario, se realizan en la misma dirección original, pero ahora, acorde al actual contexto cultural, llevada al extremo. Allí aparece, en un extremo de la polarización, no solo un estado presente sino también un estado todopoderoso y líderes infalibles, y para ello, necesitan detentar una capacidad económica del estado y personal, ilimitada. En el otro extremo la desregulación.

Y los cambios actuales en la producción capitalista con la preeminencia del insumo conocimiento en toda la gama productiva, *ya está produciendo* la conversión de todos los bienes privados a públicos y éstos de nacionales a internacionales. Y el pensamiento convencional, lo interpreta en términos de, o bien impulsar una cada vez mayor concentración de las decisiones, o bien destruir toda capacidad de decisión.

A pesar de la importancia de estos procesos de cambios autónomos del capitalismo, se insiste en un burdo intervencionismo centralizado, “copiado” de aquellas formas pre – capitalistas de los imperios y monarquías autocráticas del pasado.

Estos criterios, en lugar de mejorar las condiciones, coadyuvan a generar mayores limitaciones a la política económica y se convierten en la principal causa de los errores. Y no son “errores” adjudicados por los adversarios, sino errores en función de sus propios objetivos. La crisis actual de todos los partidos políticos es un fiel reflejo de esto.

Y bajo el contexto cultural actual, los polos de ese debate redoblan la apuesta. El debate es el mismo, pero adoptando formas extremas. En uno de los polos de esa “grieta”, un estado no solo “presente”, sino también “omnipotente”. En el otro polo, pasan de una intervención mínima del Estado (y solo en la dimensión económica -neoliberalismo-), a su destrucción a fin de impedir, y de manera definitiva, toda acción posible en cualquier dimensión de la realidad.

Esas tendencias y sus respectivas versiones extremistas, no son marginales. Resultan mayoritarias en el ámbito de la política nacional e internacional. Y todas, de manera implícita o explícita, rechazan de plano considerar un análisis objetivo de esa intervención del estado, es decir, su base material, ubicada histórica y espacialmente. Sólo bastan las decisiones, a partir de un mandato ideológico, construido por la mente, en un vacío a-histórico y cristalizado.

2.2.3.- Resultado de la evolución histórica: modo de producción y diferenciación de niveles

Los sucesivos cambios comenzaron a delinear, la existencia simultánea y contradictoria de dos capitalismos. Uno a nivel nacional y otro a nivel internacional a cuya formación ya hemos hecho referencia en la reunión anterior. Y esto, también impone severas limitaciones a los instrumentos intervencionistas.

En el capitalismo del siglo XIX predominaba el de nivel internacional. Lo hacía a través del patrón oro rigiendo la corriente financiera (flujo de capitales), y de una Inglaterra rigiendo la corriente real, es decir, la producción y los flujos comerciales de todo el planeta. La quiebra del patrón oro y la pérdida de liderazgo de Inglaterra a partir de guerras y crisis mundiales en la primera mitad de siglo XX, hicieron posible un sensible debilitamiento de ese capitalismo mundial y el funcionamiento de sistemas capitalistas a nivel de cada país, cuyo objetivo fue del de intentar defenderse de las crisis mundiales.

Sin embargo, los cambios en la evolución del capitalismo a partir del fin de la guerra mundial (1945), ya a mediados de los '70, comenzaron a hacerse visibles y volvieron a convertir al capitalismo mundial en prevalente por sobre los de nivel nacional. Aunque bajo otras formas respecto a su dominancia en el siglo XIX, impuso severas limitaciones a las políticas económicas intervencionistas, características del mundo de posguerra.

La economía convencional, tanto la practicada por la academia (ortodoxia y heterodoxia) como por la política (neoliberalismo y populismo), trabaja, no solo ignorando estos niveles. Ignora, su fundamento mismo, es decir, estar trabajando sobre un modo de producción histórico, el capitalismo y su evolución autónoma.

Considera una economía a-histórica. A lo sumo, su ubicación relativa, pero solo en términos cuantitativos (países avanzados y atrasados), nunca en términos cualitativos (países centrales y economías periféricas dependientes) y menos aún estar en presencia de un modo de producción histórico (capitalismo), y las diversas oleadas de agudos cambios respecto a sus formas originales.

Y los efectos de esos cambios. En este caso los diversos niveles de capitalismo resultantes de ese proceso. La existencia simultánea de un capitalismo a nivel nacional y de otro capitalismo a nivel internacional, fuertemente interrelacionados, y chocando entre sí.

Un ejemplo concreto de ese desconocimiento resulta de la diferencia crucial entre la economía neoliberal y el populismo económico. Los neoliberales consideran, como hipótesis implícita, la existencia de sólo un capitalismo a nivel mundial, a cuyas reglas de

funcionamiento, todos los países deberían adaptarse, y de manera pasiva: producción, comercio y movimientos de capitales, sin imponer restricciones de ninguna naturaleza.

Por su parte, el anarco capitalismo le da, a esa versión, su propio “toque”: ese capitalismo mundial excluyente, debería volver a las condiciones vigentes en el siglo XIX, mediante una desregulación indiscriminada, o lisa y llanamente la destrucción del estado.

Por el contrario, para el populismo, solo existe (o debería existir) un capitalismo a nivel nacional, nacido a partir de las regulaciones defensivas de la crisis mundial de los años '30 del siglo XX. El problema surge al desconocer sus debilidades intrínsecas de origen, y las generadas por los cambios en el capitalismo mundial en el último cuarto del siglo XX y en este primer cuarto del siglo XXI, poniendo límites al capitalismo en el nivel de países y a la economía “de estado de bienestar”, practicada con éxito entre mediados de los '40 y '70 del siglo XX.

Los análisis convencionales, suponen una economía en abstracto, o a-histórica. Es decir, al margen del modo de producción histórico y sus especificidades actuales. O bien solo existe una economía mundial a la cual cada país debe adecuarse de manera pasiva (neoliberalismo y anarco capitalismo), o bien se reivindica la existencia de una economía nacional, a ser protegida de ataques maliciosos manipulados por los factores de poder en los países líderes de la economía mundial (populismo).

Esto último es producto de la concepción de soberanía imperante en los siglos XIX y XX, cuya expresión administrativa son las aduanas instaladas en los límites físicos. Justamente, los cambios más importantes entre fines del siglo XX e inicio del siglo XXI hacen necesario adaptar ese concepto de soberanía. Los virus, el clima, el conocimiento (ahora insumo fundamental de todos los bienes y servicios), las pautas culturales, la información, y similares, cuando “viajan”, no necesitan “hacer aduana”.

En ambos niveles de análisis (neoliberal y populista), nunca existen (ni pueden llegar a existir) procesos autónomos. Sólo decisiones, “malvadas” o “bondadosas”, traducidas a los marbetes ideológicos de moda en cada momento. Y esta subjetividad deriva de la negación de la existencia del capitalismo como un eslabón más en la historia de la sociedad, la existencia de procesos, la autonomía de esos procesos, y su doble status (internacional y nacional) con sus complementariedades y contradicciones.

Y actualmente, a tono con los cambios culturales, en lugar de una revisión crítica de ese intervencionismo, se aplican los mismos criterios, pero ya en formato extremo. El intervencionismo pasó, de un “estado presente” a un “estado omnipotente” que todo lo puede. En el otro polo, una radicalización equivalente: de un estado mínimo en la dimensión económica, a la destrucción del estado.

En su lugar, debió haberse planteado nuevos criterios para las políticas económicas e institucionales a fin de superar los efectos las limitaciones impuestas por los cambios estructurales, tanto en la fase de acumulación como en la de distribución. En materia económica, políticas orientadas a bloquear o eliminar las distorsiones estructurales. En materia institucional, incorporar a la toma de decisiones de política económica, a las formas delegativas y comenzar a experimentar formas participativas de democracia directa.

No asumir las tremendas limitaciones de las políticas intervencionistas tradicionales, impuestas por los profundos cambios producidos en el capitalismo, hizo posible cometer graves errores y, de hecho, promovió el criterio opuesto. Comenzó a delinearse una corriente política sobre la base de adjudicar la responsabilidad de todos los problemas en la acumulación y en la distribución, a la promoción del intervencionismo. Ese choque, generó una polarización y una volatilidad política mayúscula.

Como resultado, las políticas económicas se instrumentaron de manera pendular y solo alrededor de la intervención o no, del estado, haciendo posible, a los procesos estructurales, no sólo a proseguir su marcha sin obstáculo alguno, sino también a profundizar esas deformaciones históricas.

3.- El debate económico actual

Todo el debate económico y su huella en los programas políticos, desde mediados del siglo XX hasta ahora, ha quedado reducido a la intervención del estado bajo formas polares: o máxima, o mínima. Y, ahora acorde a las condiciones culturales en versión extrema: estado todopoderoso versus eliminación del estado.

En nuestro esquema de diagnóstico esto es solo un aspecto parcial de los procesos, a su vez, tomados de manera aislada. Solo los coyunturales o los intermedios. Deja afuera el resto de procedimientos de un diagnóstico: procesos estructurales, errores y limitaciones de la política económica y los efectos del comportamiento de los agentes económicos. La intervención del estado, aunque importante en materia de política económica, es solo una pequeña porción del temario en la dimensión económica. La ignorancia activa del resto, lleva a cometer errores en serie y de una magnitud galáctica.

Pero el problema es más grave aún. El tratamiento de ese intervencionismo, por sí o por no, está basado en un burdo ideologismo. Todo se reduce a estar en favor o en contra. Voluntarismo y simplificación reduccionista, resultante del subjetivismo inoculado por el contexto cultural

Se desconoce, o por ignorancia, o de manera consciente, e incluso como lucha activa en contra, la alternativa de realizar un análisis objetivo, es decir, examinar su base material y ubicarla históricamente. Esa ausencia potencia el problema, y la posibilidad de cometer graves errores, está garantizada.

Dada la importancia del tema, por resultar la única cuestión actualmente en debate, sometemos a revisión los criterios básicos de esa intervención del estado. Sólo de su análisis crítico por métodos objetivos, podrán surgir criterios alternativos.

3.1.- Criterios de la política económica convencional

Las condiciones históricas de la política económica y el modo de pensamiento subjetivo, configuran un coctel explosivo. En el acápite anterior hemos revisado el papel de la política económica en los siglos XX y XXI. Por otra parte, reina el pensamiento subjetivista con secuelas de simplificación y voluntarismo donde la realidad, por sí misma no existe, ni puede existir. Necesita la mediación de la mente humana.

Ese subjetivismo es reproducido de manera permanente por el contexto cultural (educación familiar, ciclos educativos, experiencias personales, publicidad, cine, T.V., práctica política, etc.) y conduce a sesgos cognitivos, falacias y trampas.

Esa combinación de pensamiento y acciones, en la dimensión económica, sólo genera un debate alrededor de la temática de intervención del estado en la economía, por sí o por no, y aplicable en todo tiempo y lugar. No es casual, se convierta en el tema central de debate actual en economía, en Argentina y el mundo.

Por el contrario, partimos de intentar una explicación acerca de porque la práctica económica mundial (base material) pasó, de una intervención mínima en el siglo XIX a altos niveles de control en el siglo XX, y se convirtió en la temática central de la lucha ideológica (ubicación histórica). Y con especificidades en las economías centrales y periféricas (ubicación espacial).

Al estudio del papel histórico de la intervención del estado, debemos complementarlo con los efectos del subjetivismo fomentado por el contexto cultural, convirtiendo ese papel histórico, en una ideología cristalizada en un punto histórico considerado épico. A su vez, la subjetividad induce a introducir en el marco analítico, simplificación y voluntarismo. Esto ha conducido a graves errores en materia de política económica. Y ahora, en condiciones donde se rinde culto al extremismo, ese “cóctel” ya resulta explosivo.

Analizaremos a continuación las falencias del análisis económico derivadas del subjetivismo y sus efectos sobre la simplificación y el voluntarismo.

3.1.1.- Subjetivismo

El subjetivismo supone una realidad, como solo existente a través de la mediación de un observador humano. Bajo ese manto, se presentan, en esa forma de pensamiento, sesgos cognitivos, falacias y trampas, generados y potenciados por el contexto cultural. Aunque existen decenas de esas deformaciones las ejemplificamos con las más habituales en los ámbitos académicos y políticos.

- Sesgo de confirmación: otorgar relevancia sólo a los hechos confirmantes de nuestras propias creencias
- Otorgar prioridad a las intuiciones, emociones y reacciones viscerales
- Suponer innecesario probar las afirmaciones cuando son “verdades evidentes por sí mismas”
- Realizar afirmaciones en abstracto, es decir, de tal modo, que no puedan ser, ni probadas, ni refutadas
- Razonamiento circular: cuando las conclusiones ya están implícitas en las premisas (petición de principio)
- Crítica “ad hominem”: Criticar a la persona que argumenta y no al argumento en sí mismo
- Historia contra - fáctica: fundamentar políticas del presente en situaciones imaginarias del pasado
- Utilización de analogías y metáforas como demostración “científica”.

Todas estas deformaciones del pensamiento detentan una raíz común. Derivan del subjetivismo. El problema radica en la masividad de la práctica de ese tipo de pensamiento y los absurdos de allí surgidos. Mientras el subjetivismo se aplique a la vida individual (psicología individual, relaciones interpersonales, religión, estética del arte, juegos deportivos, etc.), puede incluso resultar una práctica correcta. El problema surge cuando se utiliza para fundamentar las ciencias sociales, tanto en la academia como en las posiciones políticas.

Todas estas deformaciones, implícitas en el subjetivismo filosófico, conforman un pensamiento desiderativo, es decir, lo deseado o pensado de algo, resulta la verdad única y definitiva. En nuestro caso, contribuyen, a partir de una intervención del estado exitosa en un periodo clave de la historia económica mundial (1945-75), a crear una ideología aplicable en cualquier tiempo y espacio, sin necesidad de diagnóstico previo alguno.

Mantener o rechazar ese intervencionismo bajo la forma de una ideología, en un contexto mundial radicalmente diferente, incluso ahora, bajo formas extremas, típicas del presente cultural (estado todopoderoso versus aniquilar el estado), conlleva efectos diametralmente opuestos a los pretendidos. En lugar de superar los graves errores cometidos, contribuyen a profundizar los procesos históricos regresivos.

Y sus efectos en el ámbito político, son los más graves. Estas deformaciones en el pensamiento social son utilizadas de manera consciente para confundir a la opinión pública. El caso más evidente es la difusión de consignas de significativo vacío, en periodos preelectorales.

Su contenido está cuidadosamente preparado, para ser interpretada de varias formas, incluso opuestas entre sí, de acuerdo a la ideología formal o informal del receptor. De esa manera la mente cada receptor “completa” frase vacía de contenido y la acomoda a esa ideología. Incluso “jura y perjura” haber escuchado del candidato la frase entera, pero completada sólo por su mente.

El caso más notable fue el de Menem con su consigna electoral, “para cambiar la historia”, haciendo posible el apoyo de quienes luego, frente a sus políticas concretas, se convirtieron en sus más acérrimos opositores. Sin embargo, esas políticas, nunca contrariaron aquella consigna, porque estaba cuidadosamente vaciada de contenido. Efectivamente, Menem “cambió la historia”, al implementar el primer programa neoliberal bajo formas democráticas y republicanas, sin necesidad de recurrir a un previo golpe de estado militar, tal como venía ocurriendo, y de manera sistemática, en la historia política de Argentina.

Actualmente, y en el mismo sentido, además de consignas de contenido vacío, se genera confusión mediante “fake news” de las redes sociales, y videos realizados con “inteligencia artificial”. Son los antiguos “chismes” políticos, ahora potenciados al infinito por una siniestra combinación de tecnología de comunicación no reguladas, y extremismo cultural. Y el engaño ya es monumental cuando, debido a estos sesgos cognitivos, falacias y trampas se utilizan meras analogías, metáforas y similares como una supuesta “demostración científica”.

Su importancia no deriva de la existencia de “vivillos” usufructuando políticamente de las anomalías mentales producidas por el subjetivismo imperante, sino de la existencia de un contexto cultural haciendo posible una grave y masiva ignorancia en materia política, por ende, las mil y una formas del engaño.

Y también importante porque nos está marcando uno de los objetivos fundamentales de la política, nunca practicado. Es el de generar los anticuerpos necesarios para superar ese tipo de engaños. Un riesgo siempre pendiente a la manera de una “espada de Damocles”. Justamente, ha sido la principal falencia de las políticas del progresismo en las últimas décadas, y causa fundamental del reiterado triunfo electoral de los formatos aventureros.

Surge con claridad la influencia masiva del subjetivismo. Supongamos realizar un debate sobre un tema específico cualquiera, donde uno de los contendientes expresa una consigna como verdad “revelada” o “evidente por sí misma”, es decir, sin ofrecer fundamento alguno, y el otro, expone el criterio diametralmente opuesto en base a investigaciones publicadas. Ante esa situación, la mayoría del público asistente, considerará ambos criterios del mismo valor (son sólo “opiniones”), por ende, mutuamente excluyentes y neutralizables entre sí.

Debido a la preeminencia cultural de un pensamiento subjetivista, en materia de ciencias de la sociedad, no existe, como en ciencias de la naturaleza, una exigencia social de cientificidad, es decir, exponer soportes objetivos de las afirmaciones realizadas. Todas estas, fundamentadas o no, se convierten en meras “opiniones”, todas de valor equivalentes.

Incluso la tendencia cultural hacia el extremismo está socavando el criterio de cientificidad en la propia ciencia de la naturaleza. Prueba de ello, es la difusión y adhesión al terraplanismo, movimientos antivacunas, binaristas sexuales, negación del calentamiento global, negación de la evolución de las especies, y decenas similares. Incluso la “última moda”: negar hayan existido los dinosaurios.

Y su fundamento es la no existencia de una realidad objetiva y sus procesos, por lo tanto, subyace el criterio de una sociedad maleable a voluntad. Para lograr cualquier objetivo propuesto, solo se necesita acceder al “poder” y gobernar con decisión y valentía. Respecto a las secuelas de todo esto ya tenemos sobrada experiencia acerca de su nefasta influencia en la política: dogmatismo, fanatismo, maniqueísmo, prejuicios [. completar a gusto].

A su vez, este subjetivismo genera dos caracteres, simplificación y voluntarismo, con consecuencias específicas en el marco analítico.

3.1.1.1.- Simplificación

Funciona como un supuesto mandato académico y/o político, según quien lo emplea, pero en todos los casos parcializa la realidad global. En ese sentido analizaremos su resultante, es decir excluir de considerar diferentes aspectos de la realidad: dimensiones, horizontes, carácter, origen de los cambios, especificidad de movimientos, e incompatibilidades temporales.

Dimensiones: practican una visión unidimensional, sobre la base de otorgar a alguna dimensión de la realidad, el carácter de principal o excluyente. Es el caso del economismo, ambientalismo, institucionalismo, etc. Supone a las soluciones específicas para esas áreas del conocimiento, con capacidad suficiente para solucionar de manera integral la realidad.

Horizontes: dentro de esa dimensión única, solo una visión de corto y/o mediano plazo por su carácter más sencillo. El largo plazo, en cambio es complejo por naturaleza, porque es en ese horizonte, donde se produce la retroalimentación con el resto de dimensiones, complejizando el análisis. Por ende, aplicando el supuesto mandato científico o político de la simplificación, ese horizonte debe ser ignorado.

Carácter: en esa visión de corto plazo solo pueden existir fenómenos cuantitativos. De hecho, excluyen todo fenómeno cuya expresión central deriva de sus aspectos cualitativos.

Origen de los cambios: en esa visión sólo de corto plazo, son las decisiones, y no los procesos lo importante. El análisis excluyente de las decisiones, de hecho, niega la existencia de procesos, sobre todo aquellos de carácter autónomo, característicos de los fenómenos estructurales, cualitativos y visibles en el largo plazo.

Especificidad: mediante el truco conocido como reduccionismo, se intenta identificar los fenómenos sociales con el funcionamiento de algo ya conocido en otras dimensiones. P. ej., otorgar, sin prueba alguna, a los movimientos de la materia económica el carácter de los movimientos ya conocidos en otros ámbitos científicos tales como: mecánicos, biológicos, al azar, etc.

Incompatibilidades temporales y de intereses: las tendencias a simplificar dimensiones, horizontes y criterios, genera discrepancias en términos temporales. Son casos tales como, medidas urgentes de corto plazo incompatibles con objetivos implícitos de largo plazo; periodos institucionales de corto y mediano plazo, incompatibles con objetivos económi-

cos estructurales de largo plazo y reivindicaciones contradictorias entre sectores, regiones, encadenamientos productivos y grupos sociales, dada la heterogeneidad de la estructura productiva.

3.1.1.2.- Voluntarismo

Bajo este criterio, sólo con decisión y valentía resulta posible lograr los objetivos. No pueden existir limitaciones objetivas de ninguna naturaleza. Para lograrlo, debemos otorgar prioridad a la ideología, desconocer los procesos, dar prioridad a las decisiones y con un carácter reparativo, centralizar las decisiones, considerar sólo efectos de corto plazo, ideologizar los instrumentos, y suponer un impacto pleno de la política económica.

Prioridad a la ideología: generar ideologías basadas en una circunstancia histórica considerada épica y mantenerla al margen de los cambios autónomos en la economía y en la sociedad, es decir, en estado cristalizado. Se le adjudica una importancia tal, que sustituye el diagnóstico concreto de una situación concreta. De allí sólo puede surgir el criterio de volver a esas condiciones. Algo casi siempre imposible, habida cuenta de la existencia de procesos autónomos y su fortaleza.

Desconocer los procesos: hipotetizan una sociedad maleable como una plastilina. No existe ni puede llegar a existir, obstáculo alguno para modificarla desde el poder del estado. Son las tan en boga, “batallas culturales”. De allí la importancia de las decisiones

Prioridad a las decisiones: la importancia de las decisiones pues los procesos y sus cambios no existen. Los cambios solo pueden provenir de decisiones a calificar de acuerdo a algún cartabón ideológico. Supone el rechazo a la existencia de procesos estructurales donde se reproducen los movimientos autónomos determinantes de las deformaciones visibles en superficie.

Carácter reparativo de las decisiones: la intervención del estado a partir de los años '30 del siglo XX, no fue una revolución anti - capitalista, sino acciones concretas para salvar al capitalismo de sus propias contradicciones creadas por la evolución de la tecnología, la cultura y las crisis. Por ende, las políticas macroeconómicas surgidas de ese proceso y aún subsistentes, nunca podrían haber sido instrumentadas para socavarlo. Tuvieron y tienen, un carácter sólo reparativo y de aplicación, sólo a posteriori de aparecer el problema.

Centralización de las decisiones: a fin de hacer posible imponer la voluntad del gobernante, la amplia mayoría de los países del mundo, detentan regímenes unitarios (no federales) de alta centralización como herencia de los reinos. Y en todos ellos (federales y unitarios), los instrumentos macroeconómicos están en manos de un poder ejecutivo unipersonal. Y para colmo en los pocos países federales, tal como es el caso de Argentina, estos son sistemáticamente socavados. Es la llamada tendencia al hiperpresidencialismo.

Decisiones solo con efecto de corto plazo: el agudo nivel de la crisis de los '30 y las dos guerras mundiales, acentuaron la visión de corto plazo y la concomitante ausencia del largo plazo y sus procesos estructurales, sólo visibles en ese horizonte temporal. Esa barrera impide adelantarse a la aparición de problemas coyunturales, actuando de manera anticipada sobre los procesos.

Luego, cuando el problema aparece, intentan justificar la ausencia de prevención, con la aparición de “cisnes negros”. Pero ese cisne, siempre estuvo ahí presente, pero no visible dados los efectos ideológicos, por lo tanto, sus consecuencias, fueron potencialmente previsibles. Bastaba realizar un diagnóstico objetivo previo.

Ideologización de instrumentos: el análisis excluyente de las decisiones, implica desconocer los procesos, llevando a priorizar los instrumentos por sobre los objetivos. En lugar de utilizar esos instrumentos de manera pragmática, es decir, de acuerdo las condiciones coyunturales afectadas por fuertes fluctuaciones y limitaciones, son ideologizados en reemplazo de la ideologización de objetivos.

Esto significa su aplicación irrestricta en todo tiempo y lugar. Es el caso de control o libertad de precios, emisión o restricción de moneda local, déficit o superávit fiscal, etc. A partir de allí, aparece el fenómeno de defensa irrestricta de las regulaciones surgidas en periodos considerados épicos. Esos instrumentos regulatorios, sin actualizar en función de los cambios tecnológicos y culturales, pueden llegar a resultar ridículos.

Impacto pleno de la política económica: se consideran a priori su impacto pleno de acuerdo a la lógica de una teoría subjetiva de la economía. Y así actúan neoliberales y populistas. En el caso del neoliberalismo: “los agentes económicos siempre actúan de manera racional”; “a los precios los fija el consumidor”; “la inflación es siempre un fenómeno puramente monetario”. En el caso del populismo: “la inflación sólo puede evitarse con control de precios”; “la fuga de capitales es posible impedir con control de sus movimientos”, y así hasta el infinito.

Y a ese impacto pleno se lo considera solo sobre la variable objetivo. Por el contrario, toda decisión en economía tiene impacto diferencial en todas las direcciones y horizontes temporales. P. ej., si libero los precios no solo tendrá efectos sobre la inflación. Tiene otros efectos, tan o más importantes, pero ignorados. Por ejemplo., el efecto sobre los precios relativos, con tendencia a profundizar las deformaciones estructurales (sectoriales, regionales, sociales). También efectos contradictorios de medidas coyunturales, aunque positivas en el corto plazo, de efecto negativos en horizontes de largo plazo.

3.2.- La política económica convencional

3.2.1.- Una visión global

En Argentina, nunca se intentó instrumentar una estrategia de largo plazo para superar la restricción externa, originada en el extractivismo. Mas grave aún, las tendencias mayoritarias en pugna niegan de plano la existencia de la restricción externa generada. Sólo se debaten políticas coyunturales. Y algunas de ellas, promueven potenciar ese extractivismo, como única salida posible.

Las orientaciones políticas mayoritarias suponen un efecto pleno de sus políticas, acorde a los objetivos fijados. Desconocen, y de manera activa, las limitaciones impuestas por las deformaciones estructurales, los errores de política económica y las decisiones de los agentes económicos frente a la combinatoria de procesos y políticas. Cualquiera de ellas, puede neutralizar, e incluso llegar a invertir el efecto esperado. Aún frente a medidas consideradas ejemplares en términos académicos y/o políticos.

En esa falencia, destacamos la ignorancia respecto a los efectos de las decisiones de los agentes económicos en un sistema capitalista, tanto para potenciar como para anular las decisiones gubernamentales de política económica. Son tales como: demanda de inversión, de dinero (para liquidez y especulación), selección del nivel tecnológico de su equipamiento, etc. , elección de mercados (interno-externo), país o región de origen de su tecnología, insumos, equipos y financiamiento.

La distorsión por decisiones de empresarios y consumidores también es producto del grado de credibilidad de las políticas. Las graves y sistemáticos errores cometidos, casi siempre al reemplazar el diagnóstico por ideologías ancladas en algún punto épico del

pasado, ha llevado a generar falta de confianza en los agentes económicos haciendo posible, decisiones de empresarios y consumidores, diametralmente opuestas a las esperadas o “de libro”.

Tampoco las corrientes mayoritarias son conscientes de las profundas limitaciones específicas de la propia política económica. Y son limitaciones objetivas derivadas de su origen y las contradicciones entre procesos de diferentes horizontes temporales.

Su origen conduce a políticas solo reparativas, de corto plazo y posibles de aplicación, luego de aparecer el problema. A su vez, las de corto plazo, al desconocer la existencia de otros horizontes temporales entran en contradicción con ellos. En lugar de superar los problemas, en el largo plazo, los potencia y consolida.

Tampoco tienen en cuenta estar frente a un modo de producción de alta especificidad, el capitalismo, y a la vez, su funcionamiento diferencial, complementario y contradictorio entre el capitalismo a nivel de países y a nivel mundial. Son los procesos transformadores de aquel mundo de metrópolis y colonias, en países centrales y periféricos.

Y por ende menos conciencia aun de las limitaciones derivadas de la combinatoria de capitalismo y dependencia en los países periféricos. Ni de los errores introducidos por la combinación de ideologías desactualizadas y contextos culturales orientados hacia el subjetivismo, con una visión simplificadora, voluntarista, intuitiva, decisonal, cuantitativa y de corto plazo.

Pero si fuesen meros errores derivados de un diagnóstico equivocado, no sería tan grave, pues resultaría posible corregirlos. Sin embargo, el cuadro generado por el contexto cultural, dentro del cual se elaboran las políticas, deriva en algo muchísimo más grave. Las orientaciones mayoritarias, cuya importancia deriva de representar a las principales corrientes electorales, consideran como algo de cumplimiento religioso basarse sólo en la ideología, por ende, irrelevante realizar un diagnóstico, de hecho, reemplazado por esa ideología, anclada en algún punto del pasado considerado épico.

Consultan sobre el “que hacer” a ideologías cristalizadas. Sin diferencia alguna con la antigüedad, cuando los emperadores consultaban con el “Oráculo de Delfos” en la antigua Grecia. Similar en la actualidad, cuando se consulta al Chat GPT o al Deep Seek. Pero en cualquiera de esas alternativas, por imposibilidad de un pensamiento crítico, las respuestas serán inevitablemente ambiguas. Eso sí, la mentalidad voluntarista interpretará esa vaguedad como ratificación de sus propios pensamientos. El resultado, el encharque donde estamos sumergidos.

Todo hace suponer un estado con capacidad ilimitada para modelar la economía y la sociedad como si fuese una plastilina. Los procesos autónomos derivados del contexto histórico no existen ni pueden llegar a existir. Siempre resulta posible imponer la voluntad. Solo es necesario decisión y valentía.

Y todo el debate queda limitado a regulaciones vs desregulaciones; intervención mínima vs estado presente, controles vs libreempresismo, etc., una problemática real pero sólo de superficie, y a años-luz de los problemas estructurales. Pero no solo alejado. Todas las acciones en uno u otro sentido, al desconocer los factores reales con fuerte incidencia en la problemática a solucionar, resulta inevitable terminen por desembocar en consolidar y profundizar el problema. Las consecuencias, en el caso de Argentina, están a la vista.

Para los programas de política económica convencionales, no existe limitación alguna para llevar a cabo las propuestas derivadas de su respectiva ideología. No toman en cuenta las profundas restricciones de los procesos, las limitaciones y fallas de las políticas

económicas gubernamentales y las decisiones de los agentes económicos frente a los procesos y decisiones gubernamentales. Y en particular de las condiciones internacionales en toda esa misma gama.

Y esto no solo genera errores. Ignorar las restricciones permite a los procesos seguir avanzando y por ende profundizar y consolidar las deformaciones por acumulación de problemas irresueltos. Tomar conciencia de esas limitaciones, debería resultar central en la elaboración de programas.

Incluso dificultades para “corregirlos”. No son meros errores de política económica. Se trata de un negacionismo activo y generalizado, respecto de la existencia de procesos estructurales de nivel nacional e internacional. Mientras tanto, estos siguen avanzando en términos productivos (equipos, insumos, procesos y productos) y las brechas de productividad y competitividad, son cada vez más agudas, generando graves condiciones en las dos problemáticas básicas de la economía de los países periféricos: acumulación y distribución.

3.2.2.- La visión académica

Entre las visiones académicas analizamos las dominantes: ortodoxia y heterodoxia.

3.2.2.1.- Ortodoxia

Para la ortodoxia, el meollo de la realidad global se halla en la dimensión económica. Y dentro de ella, los factores coyunturales, es decir, las evidencias de superficie, cuantificables y con efectos solo de corto y cortísimo plazo, y todo, dependiendo sólo de decisiones.

El gigantesco resto de la realidad (procesos y limitaciones a las decisiones), o no es importante, o no existen, quedando fuera de su área visual. Cualquier referencia a ese “mundo” es declarado anti -académico. Conlleva una sola excepción, donde se condenaría el origen de todo lo “bueno” y “malo” de la economía: el balance fiscal ubicado en un nivel intermedio entre lo estructural y coyuntural. Eso sí, es considerado solo conformado por elementos coyunturales. Sus procesos autónomos, sus aspectos cualitativos, y sus efectos de mediano y largo plazo, quedan al margen del esquema analítico de esa ortodoxia.

La principal fuente de sus falencias reside en no solo ignorar los procesos estructurales y su influencia sobre los niveles intermedios y de superficie. Ignoran el propio nivel meso - económico. Del balance fiscal, analizan sólo su resultado final, es decir una operación aritmética de ingresos y egresos, dejando de lado sus aspectos cualitativos: composición de recursos y gastos, sus efectos progresivos/regresivos, su eficiencia y productividad, su vinculación a las dimensiones no económicas, etc. Solo interesa el saldo numérico: déficit-equilibrio-superávit.

3.2.2.2.- Heterodoxia

Sin duda, desde el punto de vista académico, representa un avance por sobre la ortodoxia, pues incluye los procesos intermedios de la corriente real y financiera. Además, otorgan a estos, mayor importancia respecto a los de superficie, por efecto (sólo causales, nunca retroalimentados) de sus deformaciones. Además, en esos fenómenos, aceptan la existencia de caracteres cualitativos y efectos sobre la coyuntura en el mediano plazo.

Incluso algunos autores de esta corriente, llegan a mencionar algunos de los aspectos estructurales, tales como tecnología, población, instituciones, etc. Sin embargo, solo en

su aspecto cuantitativo y efectos, solo causales, de hasta mediano plazo. Ignoran sus aspectos cualitativos, de largo plazo y efectos retroalimentado. Sobre todo, el carácter de autónomo de esos procesos estructurales y sus vinculaciones con el resto de dimensiones.

De hecho, para mantener una supuesta coherencia, convierten los aspectos estructurales en aspectos meso-económicos. Un caso característico de este tipo de lineamiento, está representado por los trabajos de la Cepal.

3.2.3.- La visión política

Ejemplificamos con las corrientes mayoritarias en Argentina y el mundo: neoliberalismo y populismo. Agregamos el anarco-capitalismo por su importancia actual en Argentina.

3.2.3.1.- Neoliberalismo

Adopta los lineamientos de la orientación académica ortodoxa. Su universo de fenómenos en la dimensión económica son los de superficie, e incluso acotados a la corriente financiera (moneda, crédito, tasa de interés, etc.). Del nivel intermedio solo el balance fiscal, y en su aspecto cuantitativo, pues bajo condiciones deficitarias, detenta una incidencia directa en la emisión monetaria.

Y respecto a cuestiones estructurales, tanto de sus caracteres (movimientos autónomos, cualitativos y de largo plazo), como de sus vinculaciones con el resto de dimensiones de la realidad global, no son siquiera mencionadas. En ciertas coyunturas, tan o más importantes, que la propia dimensión económica. Para ellos, principal e incluso excluyente.

Esta corriente surge en los '70 del siglo XX como reacción a la concepción intervencionista derivada de la crisis de los '30 y su continuidad a través de la segunda guerra mundial en los '40. Enfrentaron un intervencionismo que comenzaba a agotarse.

E ignorar el capitalismo arrastra tras de sí, desconocer las limitaciones de origen de la política económica y sus cambios, la autonomía de las decisiones de los agentes económicos; el doble carácter de ese capitalismo: nacional e internacional, con aspectos complementarios y contradictorias; y la existencia de procesos autónomo de transformación en ambas formas del capitalismo.

En el plano de la teoría económica intentan compatibilizar la escuela neoclásica del marginalismo (microeconomía) con elementos keynesianos (macroeconomía). En ese sentido ignoran a los autores originales como Keynes. Ese autor fundamentó sus planteos a partir de una feroz crítica a la escuela marginalista. Intentar unir algo contradictorio, para justificar su objetivo de adaptación pasiva a la economía mundial, los lleva a un fracaso inevitable, representado en las “recomendaciones” del FMI dirigidas a las economías periféricas.

En el plano empírico, el neoliberalismo adopta los criterios vigentes en las ciencias sociales académicas: sólo estimar las correlaciones entre variables de superficie sin necesidad de demostrar previamente su lazo interno mediante un modelo teórico: inflación-déficit fiscal, pobreza-nivel de actividad. Y cuando encuentra una alta correlación ya quedaría corroborada la afirmación. No toman precaución alguna para evitar las correlaciones espurias, y, además, introducen de contrabando, la atribución respectiva de cuál de esas variables es causa, y cual es efecto, cuando en realidad están en una relación retroalimentada.

De allí surgen políticas supuestamente “científicas”, (certificadas por el uso de las matemáticas) por ende, sus conclusiones, quedan fuera de todo debate. P. ej., anular el

déficit fiscal para evitar inflación; recuperar el nivel de actividad para eliminar la pobreza; prioridad a la inversión respecto al consumo; etc.

A pesar de su generalización, se trata de un esquema lógicamente contradictorio, y como tal, termina chocando con la realidad. Y con efectos visibles. En los países centrales siguen persistiendo las recurrentes crisis financieras. En la periferia, bajo esa práctica, muchos de esos países lograron estabilizar la corriente financiera a partir de política de “ajuste”, pero lo lograron al alto costo de congelar las condiciones de acumulación (atraso) y de distribución del ingreso (pobreza).

La prueba más contundente de la endeble científicidad de esta orientación, resulta de los análisis realizados por los popes del neoliberalismo en Argentina. Frente al populismo, pudieron mantener un lineamiento común de crítica. Aunque errónea, fue coherente, es decir, sólo con sólo leves discrepancias entre ellos.

Pero frente a un Milei, con su estrategia de polo extremo de ese mismo lineamiento, los desubica y pone en crisis. Cuando aplican esos esquemas al análisis de la política económica actual, genera como resultado, posiciones opuestas entre ellas. Abarcan, desde una crítica feroz hasta el apoyo incondicional, pasando por todas las versiones de un balance entre lo positivo y lo negativo. Esto muestra un marco teórico muy endeble, basado en el subjetivismo (el sistema de precios está determinado solo por los deseos del consumidor), y utilizado para “justificar” la introducción de medidas de fuerte efecto regresivo.

3.2.3.2.- Anarco capitalismo

Una consecuencia directa del fracaso neoliberal, es la aparición de una corriente anarco-capitalista. Acorde a las pautas culturales actuales, en lugar de partir de una crítica, se presentan como la versión extrema del neoliberalismo a fin de superar sus fracasos. Sin embargo, desde una perspectiva ideológica se contraponen, creando una aguda confusión ideológica en las filas del liberalismo.

La “libertad” propuesta es solo libertad de mercado, es decir, centrado en la dimensión económica. Por el contrario, el concepto de libertad del liberalismo, está centrado en la dimensión institucional: democracia, republicanismo, derechos humanos, derechos de las minorías, y similares.

El neoliberalismo plantea una intervención mínima del estado en la dimensión económica. Pero, acepta y promociona el papel del estado en el resto de dimensiones. Sobre todo, cuando genera economías externas en materia de servicios sociales y económicos tales como educación y salud pública, administración pública, medio ambiente, género, servicios de infraestructura, etc. Además, ésta ha sido la práctica concreta de todos los gobiernos liberales en el mundo.

Son actividades donde las regulaciones resultan imprescindibles, pues en esos casos, el sistema de precios no puede, ni captar ni distribuir el beneficio social. Y menos aún, bloquear eventuales des-economías externas.

Por el contrario, el anarco-capitalismo, desconoce (y de manera militante) la existencia de economías externas, y frente a cualquier tipo de intervencionismo, plantea la destrucción lisa y llana del estado para evitar cualquier riesgo de intervención futura. De hecho, pasarían a gobernar el grupo de poder de mayor peso relativo. Podrá ser económico, militar, cultural, etc., pero nunca político y menos aún, elegido por métodos democráticos y con división de poderes. Su máxima expresión: la destrucción del banco central y su reemplazo por un sistema “libre” de criptomonedas, es decir, la implantación de la “ley de la selva”.

Y respecto al resto de dimensiones, desarrollan una batalla cultural y épica, contra quienes pretenden reivindicar su existencia. Sobre todo, en el reconocimiento de las dimensiones donde avanza la conciencia social. En materia ambiental (la crisis por calentamiento global no existe), biológica (antivacunas), de género (eliminar femicidio del código penal), sexual (la homosexualidad termina en pedofilia) [. . . .]. El listado completo sería interminable.

3.2.3.3.- Populismo

Para esta orientación, los procesos estructurales y autónomos, las limitaciones de la política económica por la evolución del capitalismo y por las decisiones de los agentes económicos, no existen ni pueden llegar a existir. El subjetivismo se hace presente en toda su dimensión. Y no solo eso. La realidad en su conjunto no existe. Sólo existen opiniones sobre esa realidad.

Por ende, esa realidad, resulta maleable como una plastilina. Sólo depende de la visión ideológica de cada persona. Si algo sale “bien” o “mal”, de acuerdo al cartabón ideológico, es el resultado de haber adoptado decisiones “buenas” o “malas” según la ideología adjudicada. A su mirada subjetivista; solo le interesa la ideología y la aplica a la política económica sobre los niveles superficiales e intermedios.

Bajo esa visión, la política económica debe otorgar prioridad a compensar los efectos regresivos del funcionamiento de los flujos financieros y reales. Y es solo reparativa. Nunca eliminar, o al menos bloquear, las raíces de esas deformaciones, es decir, los procesos estructurales. Sólo prevé compensar los efectos regresivos, sociales y productivos, a través de una compleja trama de subsidios de un estado presente, y ahora, por los manes culturales, todopoderoso.

De hecho, a la problemática estructural la consideran de imposible modificación. P. ej., no toma en cuenta el proceso inflacionario si resulta posible compensarlo con aumento de salarios. Se puede llegar a compensar la pérdida del salario real, pero se ignora los efectos de la inflación sobre los precios relativos, por ende, mayor deformación en los ingresos de grupos sociales, sectores, regiones y encadenamientos productivos y sus secuelas de profundización de las deformaciones estructurales.

Solo debaten políticas orientadas a compensar los efectos productivos y sociales considerados negativos por su esquema ideológico. Nunca la eliminación o el bloqueo de los factores estructurales generadores. Solo compensar los efectos sobre la distribución y la acumulación. Y en ambos casos con subsidios, protección arancelaria y similares. Sin exigencias de incremento de productividad y competitividad, sólo garantizan la necesidad de continuar esa misma política en el futuro.

Esas políticas nunca lograron modificar el sendero del muy largo plazo de la economía y su matriz social. En cortos periodos de tiempo alcanzaron mejoras, pero las mismas probaron ser insustentables ante los embates de la volatilidad macroeconómica y los violentos cambios de frente por políticas pendulares.

La preocupación del populismo, centrada en la dimensión social, está sustentada, a su vez, en una dimensión económica y respondiendo de manera plena a cualquier decisión, sin límite alguno. Supone, p. ej., a los subsidios sociales, con un efecto directo y pleno sobre el consumo, para cuya provisión, las empresas, también ayudadas por el estado, aumentarán las inversiones para una mayor producción, con efectos positivos en la distribución y acumulación.

El problema radica en ignorar las deformaciones estructurales. El efecto positivo en materia de crecimiento, no depende solo de la decisión de subsidiar sino también de las decisiones del empresario, cuando dispone la orientación de ese mayor ingreso y/o rentabilidad. En condiciones de agudas deformaciones estructurales como las vigentes, es probable que ese mayor excedente, en lugar de ampliar la producción y/o ampliar sus actividades hacia el encadenamiento productivo, resulte derivado hacia la especulación y fuga de capitales.

Además, es una muy particular interpretación del intervencionismo. Se trata de una metodología, heredada de la etapa colonial del feudalismo. Y con limitaciones cada vez más profundas pues ni siquiera fueron adaptadas al capitalismo del siglo XIX, y menos aún, a sus dramáticos cambios en los siglos XX y XXI, convirtiéndose de “solución”, en fuente potencial de graves deformaciones ya analizadas.

Todos estos errores, pueden ser explicados por sus pre - juicios filosóficos. Un subjetivismo extremo inficionado por el contexto cultural, contribuyendo a su reproducción e impidiendo poder reconocer la existencia de procesos y sus cambios, única forma posible de diseñar políticas alternativas.

No toman en cuenta los procesos autónomos ni las limitaciones de la política económica, cada vez más profundas . Incluso llegan a rechazar de manera militante y agresiva, la posibilidad de la existencia de procesos autónomos. Sólo pueden existir decisiones, las cuales son calificadas de “buenas” o “malas” (progresistas o reaccionarias, o cualquier otro marbete bipolar) de acuerdo a un cartabón ideológico originado en un punto del pasado considerado épico y cristalizado en su formato original.

Solo toman los aspectos relativos a la política económica. Estas no necesitan ser ubicadas históricamente en sus alcances y limitaciones, sino solo ser calificadas en términos ideológicos Y esto, no necesita de diagnóstico alguno. La ideología provee el diagnóstico y las políticas a realizar. De esa manera en lugar de ideologizar objetivos, están ideologizando los instrumentos. P. ej., liberar precios, o controlar precios está “mal” o “bien” en cualquier economía, tiempo y circunstancia.

La práctica de estos criterios, introdujeron severos límites al intervencionismo y la política económica no pudo, ni acotar las crisis financieras en los países centrales, ni generar crecimiento y distribución progresiva en la periferia. En ésta, sólo pudo hacerlo en coyunturas mundiales favorables, tales como crisis económicas, disparada de precios de “commodities”, guerras y bloqueos en países competidores, etc.

Bajo estos métodos de política económica, ningún gobierno autodenominado populista, pudo modificar las tendencias de largo plazo de deterioro sistemático por las que ha transitado la economía y la sociedad argentina. Hubo mejoras, vinculadas a periodos donde las condiciones internacionales hicieron posible superávit externos que financiaron los déficits fiscales. Pero fueron solo coyunturales y terminaron cayendo poco después.

Ninguna de las políticas practicadas, pudo canalizar la rentabilidad hacia inversiones de integración de las cadenas productivas, actualizar la tecnología, generar nuevos productos y/o procesos productivos. Los cambios en términos de crecimiento económico y social fueron coyunturales y en función del grado de restricción de divisas prevaleciente en cada momento .

De esa concepción surgen los habituales listados de objetivos y medidas confeccionados por los partidos políticos a manera de “programa electoral”. Y conllevan el grave riesgo de resultar contradictorios por una mera incompatibilidad entre sus elementos de

acuerdo a horizontes, tipos de procesos, etc. La superación de todos estos problemas, solo son posibles a partir de un diagnóstico objetivo e integral.

Post Scriptum

De la crítica, debemos pasar a las propuestas. Por ahora, sin contar con un diagnóstico objetivo, sólo los criterios a utilizar en programas alternativos, elaborados a partir del análisis crítico de los criterios de la economía convencional. Ése será el tema de la próxima reunión.

Córdoba, agosto de 2025

Lic. Daniel Wolovick